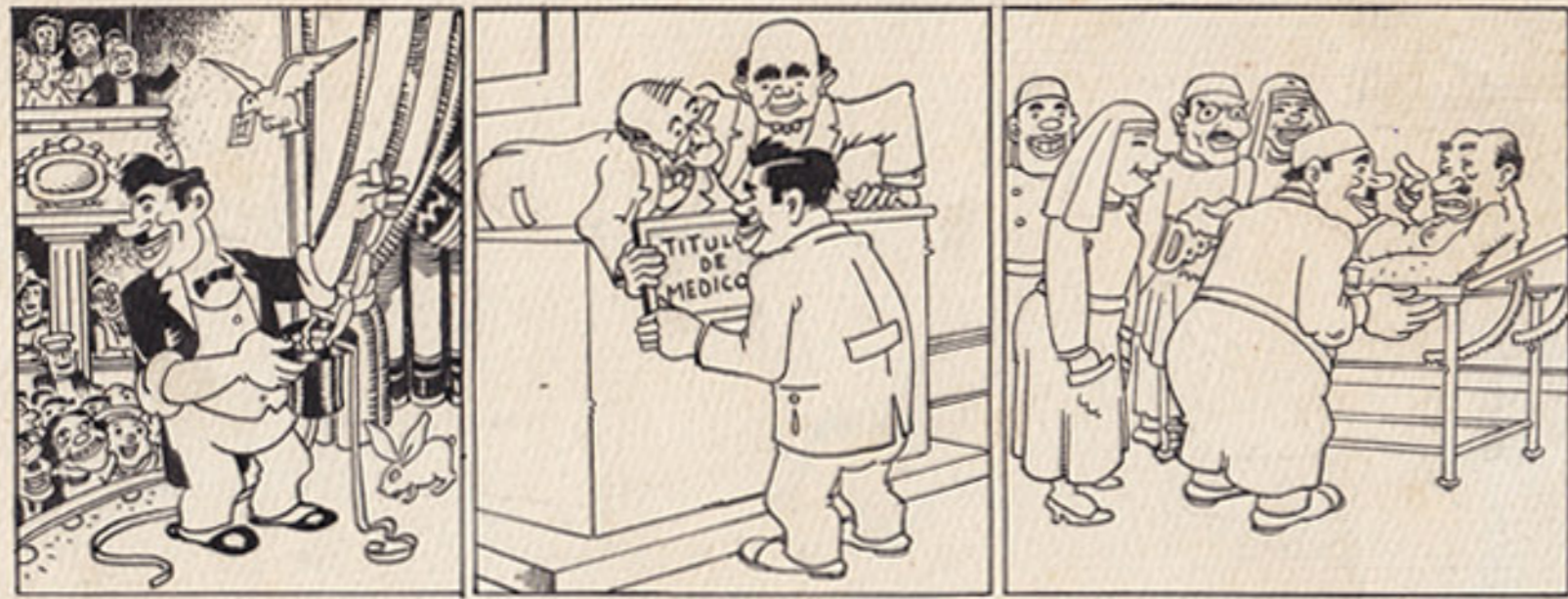


El prestidigitador se hace médico a la fuerza de la costumbre
TBO 1016 10 y 10-



10



10



10

EL PRESTIDIGITADOR SE HACE MEDICO A LA FUERZA DE LA COSTUMBRE



Escamoteo, a fuerza de hacer trampas por esos mundos, había conseguido su más grande ilusión: hacerse médico cirujano. Desposeído de despidas del público, dió una función de despedida y al día siguiente fué a buscar el título que le entregó el jurado de la población. A los pocos días nuestro hombre debió en el clínico haciendo la primera operación. El paciente, después de rogarle que no le hiciera ningún daño, se dejó anestesiar. Escamoteo, ante la admiración de sus compañeros de estudios, empujó el bisturí y... ¡zas!... abrió el vientre del paciente. Pero ¡oh, la fuerza de la costumbre! de éste salieron dos lindas palomitas, que causaron la admiración de los presentes. Todos aplaudieron y Escamoteo, sin poder olvidar antiguos resavios y de que ya no era prestidigitador sino cirujano, comenzó a sacar de la barriga del paciente toda clase de objetos ante la risa de los presentes. Los directores del clínico no rieron, pero le dieron una patada a Escamoteo y le mandaron a su casa, donde aún está curándose del desengaño.



teo, sin poder olvidar antiguos resavios y de que ya no era prestidigitador sino cirujano, comenzó a sacar de la barriga del paciente toda clase de objetos ante la risa de los presentes. Los directores del clínico no rieron, pero le dieron una patada a Escamoteo y le mandaron a su casa, donde aún está curándose del desengaño.



teo, sin poder olvidar antiguos resavios y de que ya no era prestidigitador sino cirujano, comenzó a sacar de la barriga del paciente toda clase de objetos ante la risa de los presentes. Los directores del clínico no rieron, pero le dieron una patada a Escamoteo y le mandaron a su casa, donde aún está curándose del desengaño.



El conocido traga-sables, mister Sinforsoso, quiso entrar en un museo ya que, como llovía, no sabía donde meterse para no mojarse. A la entrada estaba el guardarropa donde le dijeron que tenía que depositar el paraguas. De lo contrario se le impondría una multa. Ya iba a hacerlo Sinforsoso, pero cuando vio que para ello



tenía que pagar una peseta, decidió usar su especialidad en tragar sables, así es que hizo lo mismo con su paraguas. Entonces entró en el museo, pero allí fue Troya. Como el paraguas estaba chorreando agua, ésta empezó a salir por la parte de abajo de los pantalones de Sinforsoso haciendo un charquito bajo de sus



piernas. El guarda que lo vio creyó que aquel señor estaba cometiendo un imperdonable acto de incorrección e indignado le dió una patada, en salva sea la parte. Aquello hizo que el paraguas se abriese y quedase de esta manera dentro del pobre Sinforsoso. ¿Cómo pudo componerlas para extraerse el paraguas? No lo sé

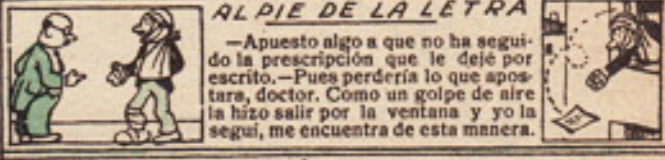
EL TIORICO



El señor Esteban Sandita, era un hombre muy estudioso, pero también era muy presumido y deseaba que todos admirasen su gran sabiduría. Un día, yendo por la calle, vio que una mujer llevaba a su hijo de una manera poco natural. Se sublevó a la idea de que causasen algún daño al inocente chiquillo y llamando a la mujer quiso darle una lección. Casi a la fuerza le arrebató el niño de las manos, pero éste, en vez de estar agradecido a Sandita, empezó a berrear. El buen señor quiso hacerle callar subiéndolo en alto, pero tuvo la desgracia de que el niño le resbalara de



las manos y le cayese al suelo, donde se hizo un chichón más que regular. Muy asustado, Sandita quiso alejarse de allí, pero la madre se lo impidió. Hizo que le sostuviese al niño mientras ella le daba una tremenda paliza y maldiciendo el haberse metido en camisa de once varas.



ALPIE DE LA LETRA
—Apuesto algo a que no ha seguido la prescripción que le deje por escrito.—Pues perdería lo que apostara, doctor. Como un golpe de aire la hizo salir por la ventana y yo la seguí, me encuentro de esta manera.



relámpago el senegalés corrió a dar la vuelta a su garita siendo enseguida perseguido por el leopardo. Después de dar varias vueltas alrededor de aquel pequeño res-



guardo, el senegalés tuvo una brillante idea. Cuando creyó conveniente echó la garita encima del leopardo aprisionando a este. Pero la fiera tenía una gran fuerza y levantando a él y a la garita echó a correr. El heroico senegalés se sujetó con fuerza a la garita y espes-



salutamente nada, se dirigió en línea recta hacia un caudaloso río en el que asomaba la cabeza de un tremendo cocodrilo. Pero esto, que que suficiente con el leopardo, no se preocupó para nada del valiente senegalés, el cual cargó con su garita y se dirigió hacia el lugar en que tenía que montar la guardia. Un momento después ya estaba otra vez en su lugar y nadie podría adivinar lo que acababa de vivir.